

# La deuda

Andrés Dickinson



## Capítulo 1

Siguió mirando el punto que dejaba adivinar una bascosidad nunca presentida. Era la sombra quien, hablando de lo superfluo de la vida, impidió que Alberto alcanzara el sueño la noche entera. Se la pasó anidando como un ave amenazada en su pesebre. El alba empezó a clarear y cada cosa de su cuarto tomó su forma habitual. Incluso parecía que el canto de las aves tuviese un sensor que activara su pensamiento. Oyó la melodía y se supo todavía vivo.

Su hijo aún dormía en su cama, a la derecha del padre. Allí respiraba plácido, y al escucharlo, Alberto amó más aquel dulce respiro en vez del natural sonido que viajaba por la casa entera; aquel jadeo tibio afirmaba la vida en quien dormía. Miró por su ventana y el sol le llenó los ojos. Supo por su posición que eran a lo sumo las seis de la mañana.

Así pues, empezó a arreglarse lo más rápido que pudo. Hoy era el día que su pequeño le había mencionado. "¡Papi, el martes, recuérdalo!", decía su hijo. Sin embargo, eran sus pensamientos los que no cuadraban con su mirar perdido, con ese temblor que, como un susurro, le invadía el cuerpo. Logró hacer el desayuno sin mucho ruido y, pese a todo, su hijo despertó gracias al olor del chocolate, del guiso y las arepas.

–Hola pa –dijo Daniel mientras se restregaba los ojos–.

–¡Hola, príncipe! –respondió Alberto con sonrisa benévola, besando a su hijo en la mejilla–. ¿Cómo amaneciste?

–Bien, acuérdate que hoy es la reunión de padres, no podemos faltar.

–Claro, cómo se me va a olvidar; precisamente ahora estoy preparándote el desayuno para que te vayas llenito para la escuela. Pero necesito que me hagas un favor, Daniel. Necesito que te duches en este instante para que desayunes, ¿bueno?

–Sí pa. Pa, ¿y tu desayuno qué? –preguntó Daniel a la par que se paraba de la cama y se ponía sus chancletas–.

–Tranquilo amor, yo ya desayuné –aseguró Alberto sin poder evitar un escozor en la consciencia.

Mientras que su hijo se dirigió a la ducha, Alberto caminó hasta el balcón y se sentó en el sofá medio carcomido por las ratas. Siguió pensando en la deuda y, de paso, en su propia vida si no la saldaba. Ahora sí que apreciaba su existencia; de repente el día se había hecho opaco a pesar del sol, y por sus ojos pasaban los elogios de una sombra que lentamente se acercaba, y sin embargo el corazón de Alberto se aferraba a la

esperanza como por un gancho hecho de nubes o de espuma.

De tanto cavilar llegó a la conclusión de que la culpable de todo era, sin lugar a dudas, su pobreza. Esto conllevó a que Alberto tomara la decisión de pedir un préstamo a los muchachos del barrio. Préstamo en el cual dejó de fiador su alma. Alberto no tenía un céntimo para sostener a su primogénito. El trabajo estaba escaso y muchos otros se encontraban en su misma situación. Además, sus enceres eran despreciables como para pensar en un empeño. Lo único de valor que entonces conservaba era una motocicleta de dos tiempos, descolorida y andrajosa, que no podía vender, pues era el transporte para Daniel y para su cansado cuerpo.

De pronto Alberto escuchó el golpear del agua en el suelo de tierra y pensó en su hijo. Era Daniel para su padre la semilla que retoñaba cada día en honor de los recuerdos con su esposa, quien había muerto un año atrás. Padre e hijo se vieron en la búsqueda de senderos incognoscibles, bifurcados de tanto en tanto por el miedo y la pobreza.

Alberto sintió dos lágrimas rodar por sus mejillas y el pecho le latió con un dolor cercano al desespero. Se sintió entonces atado de manos, tanto más cuanto que se sintió atado a una tumba. A lo lejos comenzó a divisar a los alcaravanes que parecían nadar en ese azul inmenso. Y se preguntaba dónde estaba su libertad. Al menos las aves de rapiña la tenían en sus alas, se decía.

Cuando su hijo hubo de salir de la ducha, al instante pasó a sentarse en la mesa, algo derruida por el uso, e inmediatamente Alberto, de pie como estaba, sintió la quejumbrosa ausencia de su mujer. Los ojos de Alberto permanecieron clavados por un momento en la imagen de su hijo, que daba mordiscos apaciblemente; la poca luz que entraba por el balcón a la cocina hacía que las sombras reptaran por las superficies, cosa que llamó de inmediato la atención de Alberto. Era el miedo, que lo hacía buscar la luz en la presencia de su hijo, quien a pesar de los golpes de la vida, aún conservaba la candidez en su mirar.

Como quiera que la mañana avanzara rápida, antes de que su hijo hubiera de terminar el desayuno, Alberto lo asistió en el arreglo de su ropa y los zapatos, puestos al sol desde la víspera en el balcón. Dado, pues, el último bocado, Daniel se levantó con tal ligereza que Alberto no pudo menos que sentirse elogiado; se vistió a vuelo de pájaro y, cuando ya ambos estaban a la puerta, Alberto tomó sus llaves de encima del televisor y salió a la calle con su hijo tomado de la mano, a la par que con la otra acomodaba el casco en su cabeza.

Acomodado en el asiento de su moto, Alberto se santiguó y miró al cielo: halló de nuevo a los alcaravanes. Sin saberlo, por su alma cruzó el presagio de la vida desahuciada. El hijo, imitando al padre, y aferrándose a su cintura, se sentó con gran esfuerzo en la parte de atrás. Alberto

encendió la motocicleta y entonces sintió un jalón eléctrico pasar por sus venas; por un momento el temblor de su cuerpo se conjugó con la vibra del motor y se sintió aliviado.

Arrancó directo hacia la escuela. En la primera cuadra Alberto se fijó en que sus manos temblaban y que no lograba asir con suficientes fuerzas el manubrio, así que frenó en seco. Notó de pasó que la punta de sus dedos estaba helada. Ya lo sabía a ciencia cierta: era el miedo a abandonar su hijo, el miedo a dejar de respirar el aire de una primavera eterna el que lo sofocaba y lo dibujaba en el sepulcro de su propia mente. Sentía cómo los minutos lo ahogaban y volvió a su moto para continuar con el recorrido.

Manejaba a una velocidad baja apoderado del terror. Y cuando estaba alcanzando la última cuadra para llegar a la puerta del colegio, pudo ver en la punta de la esquina posterior una DT que se avecinaba con dos hombres encima a todo correr. Lo que su retina ocular alcanzó a observar, antes de que su corazón dejara de latir en cinco segundos, fue el arma calibre 38 que el parrillero asió con tal presteza en su mano derecha, que Alberto, por una reacción animal y a la vez humana, estrechó contra su espalda el cuerpo de su hijo, recibiendo así el total de cuatro tiros que acabaron con su vida.

La moto se desplomó y alcanzó a caerle a Daniel en la pierna derecha, por lo que se vio tirado en el asfalto con un dolor que apenas se acercaba a la gravedad que su alma asimilaba, y viendo el cuerpo inerte de su padre, de cuya cabeza se había caído el casco, Daniel exhaló un suspiró igual de neutro que el encuentro de cuatro huracanes en un mismo hemisferio: el del corazón.

Inmediatamente los transeúntes que por allí pasaban ayudaron al chico a levantarse. Daniel estuvo postrado brevemente sobre un charco de sangre que, a fuerza de tener el mismo tono encarnado, se creyó que venía de una misma herida; la torpeza con que lo tomaron dio a entender que las personas no se percataron que la pierna de Daniel sangraba. Sin embargo Daniel, quebrantado como estaba, no emitió queja alguna: la que lloraba era su alma, era su vida.

Medellín, mayo 2013 – septiembre 2017